

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet  
—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCIONES.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

## VIDA ÍNTIMA DE PÍO IX.

No creemos ser unos indiscretos, y estamos seguros de promover la edificación en nuestros lectores, transmitiéndoles los detalles, que hemos recogido de la boca de personas las mejor informadas sobre la vida íntima del Vicario de Jesucristo. Es verdad, que la Santa Escritura nos dice: «que es bueno ocultar el secreto del rey»; con todo, para nosotros Pío IX no es solamente rey; es más especialmente un padre tierno; y hay casi un derecho, o cuando menos es un privilegio de los hijos, no solamente conocer exteriormente a su padre, como los extraños, sino penetrar también en sus intimidades.

Confesamos que estos detalles sobre el interior del más augusto monarca de la tierra, nos han hecho comprender el sentido del título, que toma en todos los actos de su suprema autoridad: *Servus servorum Dei*. Siervo de los siervos de Dios. Todos los Papas se han gloriado de esta denominación; son emperadores los que la han merecido con tanta razón como Pío IX. No puede concebirse nada más esclavizado, más monótono, más laborioso, que la vida del soberano que manda a 200 millones de hombres.

A las sujeciones que el uso imponía a sus predecesores, Pío IX ha añadido otras muchas y muy pesadas. Sublimado al trono pontificio en la época en que se acababa la red de los ferro-carriles de Europa, y cuando la navegación por medio del vapor multiplicaba en el Mediterráneo sus medios de transporte, el Santo Padre ha respondido a la aflicción, diez veces mayor, de extrañeros desechos de verter, desuplicando el tiempo dedicado anteriormente en dar audiencias. Entre estos visitantes se hallan tantos turistas conducidos al Vaticano por el atractivo de la curiosidad, como peregrinos encaminados a Roma por la viveza de su fe; muchos de ellos son herejes o incrédulos, mas no importa; Pío IX, a ejemplo de San Pablo, se mira como deudor a todos; no duda en sacrificarlos lo más precioso que tiene, el tiempo, y emplea cada día en su obsequio la mejor parte de los momentos que la solicitud de todas las iglesias deja a su disposición.

Se puede por lo mismo decir sin exagerar que hay pocos hombres en el mundo que se pertenezcan menos a sí mismos que Pío IX. Siendo así, que cuando por parte de la autoridad que le ha investido Jesucristo, manda a la Iglesia y al universo, por parte de la dependencia que le ha inspirado su abnegación pertenece no solo a la Iglesia, sino a todo el mundo.

El detalle de su vida nos hará el comprenderlo mejor.

El Papa apenas duerme seis horas, y desde las seis y media de la mañana, después de practicar sus primeros ejercicios piadosos, se le ve ya en la capilla inmediata a su Cámara de descanso. Allí asiste a la primera Misa celebrada por uno de sus capellanes, y en seguida el mismo celebra también el santo sacrificio. Después de haberse incorporado así con Dios, cuyo representante es en la tierra, y haberse ofrecido con El en sacrificio por la Iglesia, permanece por espacio de media hora entera, dando gracias y encomendándose a Dios; y durante este tiempo se celebra otra tercera Misa en su presencia.

El Papa vuelve en seguida a su habitación, reza las horas menores, y toma únicamente para desayunarse una taza de café negro. Ordinariamente no toma otro alimento hasta la comida, que se verifica a las dos y media.

Cuando más suele tomar una taza pequeña de café en el transcurso de la mañana, si siente que no tiene bastantes fuerzas para soportar el trabajo. Después del desayuno recibe los miembros de su familia, cuando se halla alguno en Roma, lo que ocurre raras veces; porque ningún Papa ha tenido más delicadeza que Pío IX para alejar de sí hasta la sombra del nepotismo. Los momentos siguientes al desayuno son los que emplea el Santo Padre para arreglar los detalles de su vida privada, y cuando da órdenes al teniente de sus guardias para la salida de la tarde y el servicio de todo el día. Entonces también, por la primera vez, se le presentan todos los despachos que han venido por el correo y están dirigidos a su persona.

El Cardenal secretario de Estado baja a las ocho y media y está con Su Santidad todo el tiempo, que exigen los negocios que haya. Después de salir el secretario, el Santo Padre recibe también a veces ciertas personas que por diversas causas han conseguido ser introducidas por la vía reservada; y con frecuencia no tiene un solo instante de que pueda disponer hasta las diez y media, en que comienzan las audiencias públicas.

Entonces se abren las puertas de los grandes salones para recibir los cardenales prefectos de las congregaciones, los ministros y otros dignatarios que tienen audiencias ordinarias; muy pronto después, principian las audiencias privadas en favor de las personas que han conseguido este honor por mediación del maestro de cámara. A excepción de circunstancias solemnes en las que se presenta en la sala del trono, Pío IX da estas audiencias en la cámara de descanso y en su gabinete. El Papa está sentado en su mesa, y el visitante, que es introducido por uno de los camareros de servicio, después de haber hecho una genuflexión a la entrada de la cámara, besa los pies del Papa y sigue de rodillas hasta que recibe orden de levantarse. Para los que saben reconocer en el Soberano Pontífice la viva representación del Hijo de Dios, estas señales de respeto no las considerarían menos legítimas ni menos gustosas que aquellas con que se honra el mádero inanimado que representa a Jesús en la cruz. Aquellos para quienes la incredulidad o el respeto humano les hacen esta regla demasiado onerosa, están perfectamente libres de solicitar ninguna audiencia.

Con todo, en algunas ocasiones se ha visto a Pío IX condescender con la repugnancia tan poco racional de tales visitantes, y dispensarles de las señales respetuosas, en las cuales tantos reyes no han visto nada que no fuese honorífico para su corona; y esto precisamente hizo el Padre Santo en el tiempo de la ocupación francesa, en favor de un oficial superior de nuestro ejército, el cual sentía mucho dejar a Roma sin haber tenido alguna audiencia del Papa, pero a quien repugnaba todavía más el besar los pies de Su Santidad. Informado Pío IX de sus disposiciones, le hizo saber, que le dispensaba gusto de la parte del ceremonial que se le resistía. Fue, pues, introducido el oficial a presencia del Pontífice, y Pío IX le dio a besar su mano, habiéndole con aquel encanto en que sus mismos enemigos reconocen una especie de fascinación. Efectivamente, es como un reflejo de aquella fascinación divina por la que sus enemigos trataban a Jesucristo de seductor.

Al fin de la conversación el Papa pidió al oficial que le hiciera un favor. Quisiera, le dijo, poder enviar a Francia un recuerdo a una señora, mostrándole un hermesísimo camaleón: ¿querrá Vd. entregárselo de mi parte?—Me tendré por muy honrado, Santo Padre, de encargarme de una comisión tan agradable, y si Vuestra Santidad tiene a bien designarme la persona a quien está destinado ese hermoso recuerdo, puede contar que le será puntualmente entregado.—Pues esa persona, repitió Pío IX, es vuestra madre. ¿No es muy natural que a vuestro regreso de Roma la lleveis una memoria del Papa?—No es fácil comprender la emoción que experimentó entonces el valiente oficial; sus ojos se llenaron de lágrimas, y en aquellos momentos, es bien seguro que le hubiera costado muy poco besar los pies de quien le manifestaba tanta bondad. Pero todas las audiencias no proporcionan al corazón del Santo Padre ocasión de transparentarse de un modo tan patético, y es imposible que después de haber visto a los visitantes suceder uno a otros por espacio de cuatro horas, el augusto anciano no espere una fatiga grande.

Entonces es cuando va a tomar aquel género de descanso que conviene al Vicario de Jesucristo. Sube a una capilla dispuesta exclusivamente para su uso encima de su gabinete; y allí, después de haber dado audiencia a los hombres, pide a su vez una audiencia íntima al corazón de Jesús. Vuelve a bajar muy en breve, y se entretiene algunos instantes con sus camareros; y a las dos y media se pone a la mesa.

Con poquísimas excepciones, el Papa come siempre solo, y aun cuando en Castel-Gandolfo convida a comer a diversas personas, él no come con sus huéspedes; después de haberles acompañado hasta el momento de sentarse a la mesa, a él se le sirve a parte, y deja a su mayordomo el cuidado de presidir la mesa común.

La comida de Pío IX, que hablando con propiedad es su único alimento, se compone invariablemente de una sopa, de un plato de legumbres, y de un plato de asado acompañado de arroz y de un postre. Los días de abstinencia se sustituyen dos platos de vigilia a los dos platos de carne.

Los días de fiesta en nada se diferencian de los otros días. Quien sirve en la mesa al Santo Padre es el primer ayuda de cámara, recibiendo los platos llevados por los que están de servicio hasta la puerta del comedor, y todo el sobrante de la comida es para él y su familia.

Después de la comida, el Padre Santo descansa algunos instantes; pero en lugar de echarse según el uso italiano, toma este descanso sentado en una silla. Luego reza vísperas y completas, y si el tiempo lo permite, sale a dar un paseo en coche.

Entonces se presenta la ocasión más propicia para ver de cerca al augusto Pontífice. Basta para esto el hallarse en el bajo de la escalera del Vaticano en el momento en que baja a pie para llegar a subir al coche. Los suizos hacen colocarse en dos filas a las personas que se hallan en la galería, y bien pronto se ve bajar a Pío IX precedido de sus ayudas de cámara, teniendo uno de ellos en sus manos una grande bolsa de seda encarnada para dar limosna.

El Padre Santo ordinariamente gasta sotana blanca con manto y sombrero encarnados. Va acompañado de cuatro camareros de *mantelleta*, y a través, dando su bendición, el estrecho espacio que las dos filas de suizos y de fieles forman por ambos lados. Dos de sus camareros montan en el mismo coche que él, y los otros dos ocupan otro segundo coche, tirado, como el primero, por seis caballos. Siempre acompaña a Su Santidad una escolta de dragones, y uno de ellos, que se titula *ballistrada*, le precede a galope para detener los carruajes, de modo que la augusta comitiva no encuentre tropiezo alguno. Tan pronto como se ve esta señal indicadora de la aproximación de Su Santidad, se apresura la gente a ponerse a los dos lados de la calle, y se prepara a recibir de rodillas su bendición. Así el Padre Santo está constantemente ocupado en dar bendiciones, y podrían resumirse todos sus paseos en estas dos palabras, semejantes a las en que San Pedro resumía toda la vida del Salvador: *pasa bendiciendo; Pertransi benedicens*.

Pero si caminase siempre con la velocidad de un vigoroso tiro, sus vasallos, digámoslo mejor, sus hijos, no tendrían espacio suficiente para contemplarle; y por eso Pío IX desea que su paseo cotidiano sea una especie de audiencia general, concedida a todos aquellos a quienes no puede dar audiencia particular. De aquí es que muchas veces elige por término de su paseo algún sitio de los más concurridos de Roma.

Ayer fué al monasterio de San Gregorio en el monte Celio, donde la fiesta de San Romualdo atraía numerosos visitantes. Otros días es la esplanada magnífica de Pincio. Llegado al término que se ha propuesto, las más de las veces se baja del coche, se pasea por medio de la muchedumbre que se agrupa alrededor; dirige palabras cariñosas a las personas que conoce, y su prodigiosa memoria le permite reconocer a casi todos aquellos con quienes ha tenido algunas relaciones. A veces se le ve pasearse para consolar a los pobres mendigos que le piden limosna, humillándose como el Verbo encarnado, hasta nivelarse con los niños más pequeños, y haciéndose como él, más grandes aun si fuera posible, en su abatimiento; que en la pompa de su magestad real.

El paseo del Padre Santo siempre termina antes del toque de Ave Marias, que en Roma se da, según la estación, entre las cinco y ocho horas de la tarde.

La primera ocupación del Papa, después de volver a su palacio, es el rezo de mántines y laudes del día siguiente. Los reza, lo mismo que las demás horas, con uno de sus capellanes, y a don con su ejemplo una hermosa lección a todos los sacerdotes que, asediados por ocupaciones menos graves que las suyas, podrían tener la tentación de abreviar con su precipitación el tiempo empleado en el cumplimiento de este gran deber.

A esta conversación con Dios suceden las audiencias especialmente destinadas a los negocios. Estas audiencias se prolongan bastante en la noche, y muchas veces son ya las diez ó diez y media, aun las once antes que el Padre Santo pueda tratar de tomar algún descanso. Acabadas las audiencias, conversa algunos instantes con sus prelados domésticos, toma un frugalísimo alimento y se retira a su gabinete.

Durante la noche, el Padre Santo está solo en sus habitaciones, cuyas puertas cierra él mismo. Sin embargo, su primer ayuda de cámara se acuesta encima de su dormitorio para que pueda prestarle sus servicios si los necesitara.

Añadamos también algunos detalles que nos den alguna idea de la vida y de los trabajos del siervo de los siervos de Dios.

Pío IX, según hemos ya dicho, recibe el mismo su correo: tres veces cada día se le lleva una cartera grande, de que él tiene una llave y otra el director del correo. Todas las cartas que se le dirigen de todo el mundo, las abre él mismo. No es raro recibir algunas en las que no hay más que injurias, y sin imitarse, las echa a una bandeja; todas las que contienen algo interesante, se clasifican inmediatamente, y muchas veces por su misma mano para remitirlas a los encargados de los negocios a que se refieren. Gracias a tan preciosa costumbre, pero muy rara entre los hombres encargados del Gobierno, el Padre Santo nunca deja estancarse los asuntos que se le encomiendan, y por la noche ya no queda papel alguno sobre su mesa.

Los antecesores de Pío IX daban audiencia cada semana a los diferentes ministros y prefectos de diversas congregaciones. A estas audiencias, que también Pío IX ha conservado, ha añadido otras tantas, concedidas a los secretarios de las congregaciones y de los ministerios. Por este medio se ha procurado una doble garantía de la exactitud de todas las noticias que se le comunican.

Nunca se trata de negocio alguno importante, en su Gobierno doble, espiritual y temporal, cerca del cual no se hayan recibido informes por diferentes conductos. Es bien fácil de comprender, cuánto ha debido agravarse el peso por sí tan grande del pontificado con la multiplicación de estas audiencias semanales.

Sin embargo, no son tan solo estas audiencias las que ha multiplicado Pío IX, y a las que consagra con regularidad una buena parte del día. Hay además de los ministerios y de las congregaciones, otras muchas cargas que en el actual pontificado se han hecho incomparablemente más pesadas que lo eran antes, tanto para los Prelados a quienes estaban encargadas como para el mismo Sumo Pontífice. Podemos citar por ejemplo el cargo de secretario de cartas latinas, que al presente está encomendado a uno de los Prelados más distinguidos y de los más benévulos de la corte romana, el Sr. Mercurelli. El mismo nos ha recordado que en otros tiempos una carta del Papa era cosa bastante rara.

En el día, como se han hecho tan fáciles las comunicaciones, y se han aumentado tanto por todos lados con Roma las relaciones de todo el mundo católico, se escribe con frecuencia al Papa, y de todas partes se quieren recibir respuestas de Su Santidad, y no son solos quienes desean esto los cristianos generosos que le envían sus limosnas, sino también los escritores que le ofrecen el homenaje de sus obras, los artistas que le dedican sus trabajos, las comunidades que le manifiestan su profunda adhesión, etc.

El corazón paternal de Pío IX acoge con inalterable benevolencia estas manifestaciones, aun tanto importunas, del amor de sus hijos; y ha señalado al secretario de cartas latinas dos audiencias por semana, el miércoles y el sábado, para recibir la expresión de estos votos, e indicarle el sentido en que ha de responderseles. Hablando con propiedad, Pío IX no tiene vacaciones. Muchas veces permanece en Roma en la estación en la que todos los que pueden huyen de la ciudad a refugiarse en la campiña; y aun cuando va a pasar algunos días a Castel-Gandolfo o a Porto d'Anzio, no puede darse el nombre de vacaciones a esta vida campestre. Con efecto, aun en tales circunstancias, el Padre Santo no concede niéas audiencias que en Roma; y como las necesidades de la Iglesia jamás se interrumpen, tampoco se suspende nunca la caridad de aquel que Jesucristo ha puesto en su lugar sobre la tierra,

para socorrerlas. Lo que de sí mismo decía San Pablo, puede también decirlo Pío IX, y con tanta más razón, cuanto que la Iglesia estando más extendida que en tiempo de los Apóstoles, llena hoy todo el mundo. «Cargan sobre mí las ocurrencias de cada día por la solicitud y cuidado de todas las Iglesias; y en esta inmensa extensión no hay una enfermedad de que yo no participe, ni un escándalo ó pecado que no me participe.» No dudamos por lo mismo decir de Pío IX lo que San Juan Crisóstomo decía de San Pablo: «El corazón de Pío IX es el corazón de Jesucristo: (Trad. de Fr. S. A.)»

## LAS AMETRALLADORAS.

Hé aquí una esperanza formidable del ejército francés: quizás sea exagerada, y tal la creemos nosotros, mas no siendo conocida tal máquina de guerra de la generalidad, hace efecto, y nada de particular tiene se esperen maravillas que eclipsen las del Chassepot en Mentana.

Muy antigua es la idea de las ametralladoras, pues ya en el siglo XIV empleáronselos cañones-órganos, que colocados en tres órdenes, lanzaban hasta 440 proyectiles a la par. En casi todos los Museos de artillería de Europa se conservan curiosas máquinas de este género, ya dispuestos los cañones en círculo, ya horizontalmente en un solo plano, ya agrupados ocupando los unos los intervalos de dos consecutivos. En 1693 fueron concedidos en Inglaterra dos privilegios de invención por esta clase de máquinas a MM James Austin y Francis Ball.

El duque de Wellington examinó una máquina, llamada cañón de vapor, que podía hacer 4,000 disparos en un minuto, siendo los proyectiles balas de fusil ordinarias, y lanzar 60 balas de cuatro libras en el mismo tiempo. Muchas ilusiones hizo concebir el cañón de vapor Perkins; pero se convencieron de que no era posible hacer de él un arma seria, y desistieron de los ensayos.

En 1854 se presentaron otras dos ametralladoras en Inglaterra, nombrándolas baterías de muchos cañones, invención de mister Henry Clarke y sir John Scott Lillie; y, por último, en 1858 Charles Shaw inventa la ametralladora, cuyos cañones pueden cargarse y descargarse como un revolver.

En la exposición de Londres de 1864 fué presentada por el general de brigada Frandenburgh, de los Estados-Unidos, una ametralladora, acompañando un folleto, en que al describirla se elogiaban y exageraban mucho sus cualidades.

El general francés Jaulé, del cuerpo de artillería francés, presentó en la exposición universal de 1867 una máquina curiosa de este género compuesta de un cañón central de dos pulgadas de calibre, rodeado de otros doce que tenían el ordinario de fusil. Todos estaban rayados en hélice, y una vez introducidos los cartuchos, se cerraba la recámara con una plancha de bronce, la que podía en comunicación el cañón central con los doce pequeños por unas canales que partían del centro, se daba fuego al cañón central por medio de un estopín ó una llave de percusión ordinaria, haciéndose a la vez los 13 disparos. Muchas más ametralladoras podíamos citar, pero no reunen condiciones de armas de guerra, y solo nos ocuparemos de las dos más perfectas que conocemos.

Estas son, la americana *Gatling*, y la belga *Montigny*.

La *Gatling* se compone de ocho cañones de fusil de parapeto, colocados en círculo fijos al basamento de la máquina. Un cilindro colocado detrás de los cañones, lleva ocho mecanismos semejantes a los de un fusil cargado por la recámara de los llamados de cerrojo, los cuales se pueden mover en el sentido de la generatriz del cilindro, avanzando para introducir el cartucho en la recámara, quedando fijos un instante mientras el disparo, y retrocediendo después para extraer el cartucho, que cae al suelo por la parte inferior.

Los cartuchos, colocados en cartuchos de hoja de lata descendiendo por su propio peso a colocarse delante de los cilindros opturadores; se manobra el aparato con un manubrio y dos ruedas de ángulo, y los mecanismos de cierre y percusión funcionan al propio tiempo por medio de una ingeniosa combinación de hélices y topes.

Como el manejo se reduce simplemente a dar vueltas al manubrio y cambiar las cajas de cartuchos, puede llegarse a una velocidad de fuego de 160 a 180 disparos por minuto. En España se ha ensayado esta ametralladora, y prescindiendo de la dificultad de cambiar las cajas de cartuchos, que hace disminuir notablemente la rapidez de fuego, se notó poca precisión, poca alcance, dispersión enorme de los proyectiles y poca eficacia.

La ametralladora *Montigny* se compone de 37 cañones de pequeño calibre, rayados y colocados unos al lado de los otros, de modo que forman un cilindro, el cual está reforzado con un zuncho de hierro, prismático al exterior. La parte posterior encierra los mecanismos de cierre, cada uno con su llave para la percusión y con la recámara para los cartuchos: un manubrio colocado detrás pone en movimiento todos los cierres, y por medio de un ingenioso mecanismo se pueden hacer sucesivamente ó a la par los 37 disparos. Según el autor pueden hacerse en un minuto 370 disparos, pero aunque coloca cajas con 37 cartuchos, no puede llegarse a esta velocidad. Según el comandante inglés Fosbery, encargado de estudiar este sistema de ametralladoras, solo pudieron disparar los 370 cartuchos en cerca de tres minutos, necesitando cinco hombres para las municiones, y uno para el manubrio, a más del que tiene que estar al cuidado de la puntería, asunto impor-

tante, puesto que la vibración hace desviar la puntería.

Las ametralladoras francesas, aunque ocultas cuidadosamente, son, según los datos que hemos adquirido, una modificación de la *Montigny*; quizá algo más imperfecta por por causa del volumen y el cartucho.

Apreciemos ahora las ametralladoras: ¿son efectivamente unas terribles máquinas de guerra? ¿Superan a la artillería? ¿Pueden sustituir la infantería? Hé aquí nuestra humilde opinión.

Como competencia a la artillería, el alcance, la precisión, la percusión de una pieza tirando proyectil sólido, es preferible, en nuestro concepto; la metralla lanzada por un cañón liso dá grande efecto hasta 800 metros, y el proyectil explosivo de tiempo ó percusión, nos parecen también superiores a las ametralladoras en las circunstancias generales de la guerra.

Como sustitución a la infantería, nosotros preferimos siempre 7 hombres armados con fusiles cargados por la recámara, que pueden hacer en cada minuto, si se necesita fuego de velocidad, 140 disparos, y que siempre los dirigirán mejor que la ametralladora. Además, las ametralladoras ocupan mucho espacio, hacen mucho bullo, y es sumamente fácil, mucho más que una pieza de artillería, el desmontarlas ó apagar sus fuegos.

Donde sí pueden ser de utilidad, es en una calle, en un estrecho desfiladero, en un puente: pero para ser una verdadera arma de guerra, es preciso estudiarla mucho antes. Su calibre que debe ser el mismo de las armas portátiles para utilizar su cartuchera, la corrección de los afustes, que deben ser, especialísimos, para evitar vibraciones que hagan variar la puntería; y, por último, los mecanismos que son todos complicados y muy fáciles de descomponerse, necesitan estudiarse detenidamente.

También creemos que las metralladoras deben formar parte de la artillería de montaña, tener movilidad suma para poder actuar en los puntos que sean necesarias rápidamente; y, por último, nada se conseguirá con estas máquinas de guerra, si no se apuntan fácilmente en todas direcciones, obteniendo a la par alcance y precisión.

Y ahora, sin dudar que puedan en su día dar buen resultado, no creemos se realicen las halagüeñas esperanzas del mariscal Canrobert.

(Diario Español.)

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 26 DE JULIO DE 1870.

### LA PROCLAMA DEL EMPERADOR NAPOLEON.

Antes de salir de París el emperador Napoleón para ponerse al frente del ejército, ha dirigido, según costumbre, al pueblo francés su correspondiente proclama, la cual no se distingue ciertamente por la novedad y grandeza de las ideas, ni por lo levantado del estilo.

En la primera parte de este documento, se acusa a Prusia de ambiciosa, y se la hace responsable del armamento exagerado que Europa se ha visto obligada a sostener, y hasta de la declaración de la guerra. Pero del contexto mismo de la proclama, clarísimamente se deduce que la guerra ha sido impuesta al Gobierno francés por el orgullo nacional, por la sobreexcitación de los partidos y el deseo de gloria que anima a todos los ejércitos en general, y muy particularmente al de Francia, sobre todo después de la retirada de Méjico.

Tras estos párrafos, y con el afán, nada disimulado de separar la causa de Prusia de la de Alemania, procura el emperador tranquilizar a esta, lo cual sería hábil si estuviera un poco más disimulado. Deja luego entrever la posibilidad de un desarme general para el día en que se celebre la paz, con objeto de dar una satisfacción al comercio y a la industria, amedrentados ante la perspectiva de una próxima ruina, y se expresa en seguida de la siguiente manera:

«La gloriosa bandera que vamos a desplegar una vez más ante nuestros provocadores, es la misma que llevó a través de Europa las ideas civilizadoras de nuestra gran revolución: representa los mismos principios, é inspirará los mismos sentimientos de adhesión.»

Al pie de este párrafo podríamos reproducir las reflexiones que nos inspiró ayer la autorización oficial del canto de la *Marsellesa*. Esta nueva adalación a los principios revolucionarios, es la prueba más clara de lo débil que se siente el Gobierno imperial en lo interior. Para excitar el sentimiento público, para adquirir la fuerza que echa de menos en ocasión tan crítica y solemne, acude al campo de sus declarados enemigos y apela a los recuerdos de la república.

Es una gran falta política de que nadie se ha de arrepentir más pronto que el emperador Napoleón.

Podrá vencer el ejército francés; podrá derrotar Francia a Prusia; pero es probable que el triunfo mismo de la nación sea el principio de la derrota del imperio. Las ideas republicanas, los sentimientos democráticos invocados desde el trono del César, tienen en esta proclama un acta de reconocimiento oficial, y los republicanos desde esta po-



sición ventajosa lucharán al día siguiente de la victoria contra el imperio.

Este no podrá hacer nunca olvidar su propio origen a los revolucionarios, ni la sangre derramada, ni las medidas de rigor adoptadas contra los insurgentes, ni los diez y ocho años de Gobierno personal. Los republicanos no atribuirán nunca la gloria del triunfo ni al ejército ni a su jefe, sino a la gloriosa bandera que, según el emperador, llevó por toda Europa las ideas civilizadoras de la gran revolución francesa; a esa bandera que, representando hoy los mismos principios que entonces, ha de inspirar los mismos sentimientos de adhesión.

Los hombres de estado deben mirarse mucho en sentar premisas, porque la lógica inflexible de los pueblos se encarga de deducir las consecuencias. Las premisas son republicanas, son esencialmente revolucionarias; las consecuencias no pueden ser favorables ni al cesarismo, contra quien están luchando tenaces los hombres de la revolución en Francia, ni al parlamentarismo, que cayó vencido y desacreditado con el trono de Luis Felipe.

Y si dejando a un lado la política interior francesa contemplamos el efecto que las palabras del emperador han de producir fuera de Francia, no aparece menos grave la falta que este ha cometido.

Por estendidas que se hallen en Europa las ideas revolucionarias, no pueden menos de ofender aun a las naciones neutrales los recuerdos de las invasiones de la primera república y del primer imperio. Ofenden al liberalismo ya bastante viejo en Europa para admitir jefatura napoleónica que solo pudo tolerar en los tiempos de su infancia, y ofenden a los conservadores tradicionalistas con la memoria de las injusticias y crímenes que la república y el imperio llevaron a cabo a fines del pasado siglo y principios del presente. Este recuerdo no puede menos de mortificar a Inglaterra y de alarmar a Rusia, que sin duda solo aguardan un pretexto para romper su mal contenida neutralidad.

El Gobierno francés es harto avisado para desconocer la gravedad de sus palabras, y cuando, constitucionalmente hablando, las ha puesto en boca del jefe del Estado, señal es de que no podía pasar por otro camino, y que ha emprendido resueltamente el de las concesiones, o sea, el de la debilidad.

Esto es lo cierto. El Gobierno napoleónico, antes de dar la primera batalla contra Prusia, ha sido vencido por la izquierda parlamentaria, por la oposición republicana que celebrará la abdicación del emperador como primer indicio de una futura abdicación. Esta proclama, que es la confesión oficial de la poca confianza que tiene el Gobierno en sus propias fuerzas, es la proclama del miedo ante la gravedad del conflicto.

La perspectiva de un desarme general no puede halagar a la industria y al comercio, ni a las clases contribuyentes. ¿Quién ha de esperar el desarme, cuando el primero que necesita del ejército es Napoleón vencedor, para defender su dinastía contra el torrente de las ideas vencedoras?

Las naciones no pueden vivir como en tiempos de paz, mientras imperan y dominan en las esferas oficiales principios de guerra. Si estos principios son francamente revolucionarios, tienen que ser por su propia índole, propagandistas o invasores, y necesitan las bayonetas como elemento vital; si los principios son hipócritas y doctrinarios, necesitan igualmente gran lujo de fuerza material para sostener la lucha interior de los partidos lógicos y radicales.

La esperanza, pues, del desarme con que se quiere halagar a las clases productoras, es una ilusión que no puede engañar a nadie, después de cerca de un siglo de dolorosa experiencia.

El desarme debe principiar por las ideas, por los sistemas de gobierno. Gobierno armado de revolución, y Estado sin muchos cañones y bayonetas, son quimeras que no han tenido ni pueden tener nunca realidad.

La guerra actual, meramente circunscrita a las dos potencias rivales, Francia y Prusia, no dará por resultado una paz sólida y duradera; nosotros no alcanzamos a ver la perspectiva de esta paz sino tras una guerra general.

#### LA CIRCULAR DEL DUQUE DE GRAMMONT.

El lenguaje del ministro de Negocios extranjeros de Francia ha venido a sembrar la alarma y la perturbación en el campo revolucionario, excitando la bilis de nuestros patriotas, que manifiestan hoy mala voluntad al Gobierno francés. Justificando la conducta de Francia, el duque de Grammont dice cosas graves que comprendemos no serán del gusto de los ministeriales, porque hace revelaciones importantes y emite juicios fundados, no muy favorables a nuestros gobernantes.

Según afirma el duque de Grammont, la candidatura Hohenzollern fue planteada el año pasado, en cuya época el Gobierno prusiano dió a Francia verbalmente seguridades de que ningún príncipe prusiano se sentaría en el trono español, manifestando que no era seria tal candidatura.

Si esto es exacto, y nos inclinamos a creer que sí, aunque no conste en documentos oficiales, ¿qué ha debido pensar Francia cuando ha visto llevada adelante de una manera misteriosa la candidatura Hohenzollern? ¿Qué debía pensar del general Prim y de Bismark? El duque de Grammont lo dice: «Que tenían un plan concertado, y que en virtud de un acuerdo misterioso, preparado por intermediarios ocultos, debían conducirse las cosas, si no se hubiera hecho la luz antes de tiempo, hasta el punto de que la candidatura del príncipe prusiano a la corona de España hubiera sido repentinamente revelada a las Cortes españolas. Un voto arrancado por sorpresa, antes de que el pueblo español hubiera tenido tiempo de refle-

cionar, proclamarla, o al menos se esperaba que proclamase al príncipe Leopoldo Sigmaringen, heredero del trono de Carlos V.»

El raciocinio, digan lo que quieran los ministeriales, no puede ser más lógico, ni más terrible. Los cargos dirigidos al Gobierno español son terminantes, ¿por qué no los desvanecemos? Creemos que no puede: todo lo que dice el ministro francés tiene grandes visos de verdad; y si a los periódicos ministeriales les parecen sus palabras poco honorables para las Cortes, culpa es de los que negociaban oculta y la candidatura, y querían presentarla de improviso a los diputados para que la votasen.

Los ministeriales, heridos en su amor propio, desean que el Gobierno pida inmediatamente explicaciones sobre las palabras del duque de Grammont; y *La Iberia*, *El Imparcial*, *La Nación*, *El Universal* y *El Puente de Alcolea*, hablan mal humorados contra Francia; unos en sentido de ágría reconvencción, y otros de hostilidad belicosa. Algunos, como *El Imparcial* y sobre todo *El Universal*, casi llaman a las armas, y consideran *casus belli* la circular del ministro francés, si no se dan explicaciones satisfactorias. *El Universal* en un arrogante y destemplado artículo dice:

«Las palabras que a España se refieren son de tal naturaleza, que no pueden pasar desapercibidas. El Gobierno español debe exigir de ellas una clara y terminante explicación y si el Gobierno francés se niega a darla, debe hacerle comprender que cuando se trata de nuestros asuntos no pueden impunemente emplearse ciertas frases que nos hieran ó nos humillen.»

Los españoles tenemos en gran estima nuestra honra nacional. Hoy es depositario de ella el Gabinete presidido por el general Prim. No dudamos que sabrá conservarla y mantenerla.

Un día exigimos prudencia y dignidad. Dignos y prudentes hemos sido. Continuemos en la misma senda; pero si se intenta herirnos, devolvámosle golpe por golpe; si se intenta arrojarnos un guante de desafío, recojámoslo con valor.

*El Imparcial*, en otro artículo no menos hostil a Francia que el de *El Universal*, pero si más hábil y prudente, quiere excitar los recelos del pueblo español, recordando las pérdidas y traiciones del primer Bonaparte; después, refiriéndose a la circular del duque de Grammont, quiere que el Gobierno pida justa satisfacción por ella, y dice:

«Importa mucho que se aclare la política del Gobierno francés por lo que respecta a España. Si las reticencias de M. de Grammont serian siempre graves y algún tanto depresivas para nuestra dignidad y nuestro decoro, en los actuales momentos, cuando la suerte de las armas podía despertar en Francia las ambiciones del primer imperio, estamos en el caso de saber a qué atenernos sobre la amistad de nuestros vecinos que estimamos en mucho, pero que no debemos solicitar a costa de frecuentes humillaciones.»

*La Iberia*, hablando en igual sentido, escribe lo siguiente:

«Nosotros, no como amigos del Gobierno ni mucho menos, ni como ligados a la situación revolucionaria de España, sino como españoles celosos de nuestra independencia, de nuestra dignidad y de nuestra honra, rechazamos energicamente en nombre del pueblo español las afirmaciones de M. Grammont en lo que hacen referencia a planes combinados por el Gobierno con el fin de poner en peligro la existencia de potencia alguna, y rechazamos igualmente cuanto pueda interpretarse como despectivo al buen nombre y al alto prestigio de que justamente goza nuestra representación nacional.»

Tenemos, pues, al Gobierno metido en un nuevo conflicto, del cual, según *La Igualdad*, no puede ni debe salir, sino dimitiendo y dejando el puesto en que tantos errores y torpezas ha cometido. Así, todo quedaba remediado. ¿Qué tiene que ver el pueblo español con una cosa que ha querido hacer secretamente el general Prim? ¿Por qué los diarios de la situación vienen hablando de España y del pueblo, cuando aunque toda España fuera revolucionaria, no tendría responsabilidad ninguna por una negociación diplomática de que no ha tenido conocimiento?

Los cargos del duque de Grammont no alcanzan, no pueden alcanzar a España. Si el general Prim y el Gobierno han dado motivo de queja a Francia, no en manera alguna el pueblo español, que por ningún acto explícito ni implícito ha deseado la preponderancia de Prusia y la humillación del vecino imperio, que es, en último caso, lo que viene a decir el duque de Grammont que se preparaba con la misteriosa negociación de la candidatura Hohenzollern.

Allá se las vea, pues, el Gobierno, y sobre todo el general Prim; que España no quiere complicaciones y disgustos que pueden evitarse facilísimamente si el Gobierno tiene un poco de patriotismo, y deja, como parece regular, el puesto a otros hombres que nada tengan que ver con la candidatura prusiana.

Esto recomienda *La Igualdad*, diciendo al final de su artículo:

«Esta es la única solución decorosa que tiene el Gobierno en la difícil posición en que se ha colocado, y la única que puede entelecer el nombre y la consideración de España en las demás naciones, y el propio tiempo evitar las complicaciones de que estamos amenazados.»

Se necesita, además, para que la dignidad y la independencia española no queden expuestas por más tiempo a peligrosas intermitencias, que sea inmediatamente exonerado ó destituido el Sr. Olózaga, embajador en París, y que sea reemplazado por otra persona que no haga en las Tullerías una política opuesta a la del Gobierno a quien representa, que no tenga tan serviles complacencias con el César francés, que se inspire más en los sentimientos y opiniones del pueblo español, prescindiendo de su vanidad personal, y que no vaya a hacer meritos para obtener el cordon de la Legión de Honor a costa de bajas adiciones.»

La cuestión de alianzas continúa a la orden del día en los diarios franceses. Hasta ahora, en cuanto a Turquía, no se ha confirmado por ninguna parte la noticia de que el Sultán hubiera puesto su ejército y su marina a disposición del Gobierno francés. En cambio no es cierto que Rusia, como declaraba el órgano de Bismark en Berlín, haya declarado la guerra a Francia.

Ahora se dice que Inglaterra y Rusia están de acuerdo para imponer en un momento dado la paz

a las potencias beligerantes ya que no han podido evitar la guerra.

Acercas de Dinamarca se hacen diferentes pronósticos. Mientras unos aseguran que el Gobierno de aquella nación está dispuesto a mantener la más estricta neutralidad, aseguran otros que para contener sus ímpetus belicosos ha sido preciso que Francia envíe varios emisarios rogando a Dinamarca que se abstenga de emprender operación alguna antes de que llegue la escuadra francesa.

El Gobierno inglés contestando a una interpeleación que le fué dirigida acerca de las negociaciones que precedían a la retirada de la candidatura del príncipe Hohenzollern, ha manifestado sus esperanzas de que la neutralidad de Inglaterra no se interrumpiría. Igualmente esperanzas ha manifestado respecto a las grandes potencias y a Holanda, Bélgica y Suiza. En cuanto a Dinamarca, dijo Gladstone que no tenía conocimiento de que existiera entre el Gobierno de esa nación y el de Francia.

El interpeleante del Gobierno inglés, que fué el Sr. Horsman, hubo de lamentarse de que Prusia se hubiera privado de un aliado desistiendo del nombramiento del príncipe Leopoldo para rey de España. Las palabras de Horsman fueron acogidas con un murmullo general, que los periódicos franceses interpretan como una prueba de simpatía de la Cámara inglesa hacia Francia.

Esto no obstante, otro diario francés da cuenta de un rumor que ha circulado en París, según el cual, Inglaterra ha hecho entender a Francia que se vería precisada a salir de su neutralidad si se violaba la neutralidad de Bélgica.

Esta última nación no se considera muy segura, a juzgar por la actividad extraordinaria que está desplegando para ponerse en estado de defensa.

Respecto de Austria é Italia, ya que no pueden decir otra cosa los periódicos franceses, se contentan con repetir en todos los tonos que la actitud de aquellas dos naciones es simpática a Francia. Pero ni aun esto es exacto: díganlo sino las demostraciones hechas en Florencia a favor de Prusia y contra Francia.

Cuando se cree generalmente que existe entre Austria y Rusia una profunda rivalidad, no dejan de ser muy significativas ciertas demostraciones de que ha sido objeto recientemente el archiduque Alberto, vencedor de Custozza, y el barón de Bechtolsheim, encargado de negocios militares de Austria en San Petersburgo.

Sabido es que hace poco el archiduque Alberto fué condecorado por el emperador Alejandro con el gran cordon de la orden de San Jorge, distinción de que solo gozan fuera del imperio moscovita el susodicho archiduque y el rey de Prusia.

El Sr. de Bechtolsheim, apenas llegado a San Petersburgo, ha sido nombrado caballero de la misma orden de San Jorge.

¿Será que Austria y Rusia, olvidando sus antiguos resentimientos, preparan una sorpresa a Europa, esperando en íntima amistad las eventualidades que pueden surgir de la guerra franco-prusiana.

Entre las ventajas que los franceses creen tener sobre Prusia en las circunstancias actuales cuentan, no sin razón tal vez, la que les dá la heterogeneidad de elementos de que se compone el ejército prusiano.

Prusia, comprendiendo también cuán desventajosa sería para ella esa heterogeneidad, trabaja hace cuatro años para borrar esas distinciones que tanto embarazan en el campo de batalla.

Para conseguirlo, ha confundido con su ejército los ejércitos de los Estados anexionados; y en cuanto a los Estados del Sur, Prusia se ha dado maña para que los oficiales instructores primero, y luego los oficiales generales, y luego los generales en jefe, y por fin hasta los ministros de la Guerra, hayan cedido sus puestos a los oficiales y jefes prusianos.

Con Baden hizo Prusia un tratado especial a fin de que los jóvenes de uno y otro país pudieran servir indistintamente en cualquiera de los dos ejércitos.

Pero muchas de esas medidas en su mayor parte impuestas por de pronto, han dado resultados contrarios a los que se buscaban. Los antiguos oficiales superiores de los Estados confederados anexionados ó aliados son otros tantos adversarios que no olvidan la posición que han perdido, y los oficiales subalternos sometidos al dominio de los jefes prusianos, sin estímulo y sin esperanzas de adelantar en su carrera, no pueden llevar a la guerra todo el entusiasmo que fuera menester.

Por otra parte, como si no llevara ya consigo grandes inconvenientes un ejército compuesto de prusianos, de hannoverianos, de silewignenses, de bávaros, de sajones, etc., hoy por hoy Prusia lucha con el gran inconveniente del resentimiento que la batalla de Sadova ha llevado a una gran parte de esos pueblos. Hoy en el ejército que Prusia va a poner en frente de los franceses, se encuentran al lado del vencedor de Sadova el vencido; al lado del dominador de Francofort el que fué dominado, al lado del perseguidor de Hannover el que fué perseguido.

Bismark quiere atenuar esos graves inconvenientes gritando con todas sus fuerzas «Viva Alemania!» Pero por ventura pueden entender ese grito del mismo modo que Bismark los Estados que fueron anexionados a viva fuerza ó humillados por él en 1866?

Algunos periódicos de París están haciendo pasar por malos ratos a Thiers y a Favre. Ahora les repiten en diferentes tonos que sus discursos en el Cuerpo legislativo, con motivo de la declaración de guerra, han sido traducidos al alemán y puestos en las esquinas de los pueblos prusianos de

orden del Gobierno de Berlín, como medio de animar a los soldados del rey Guillermo, convencidos de que la guerra tiene en Francia poderosos impugnadores.

El parlamentarismo se hunde sin remedio. Aquellas interminables arengas con que los importadores del sistema en España ponían a dura prueba la paciencia de nuestros padres para persuadirles que de la discusión sale la luz, y de que cuantos mas tomaban parte en la administración de las cosas públicas más acertada había de ser; aquellas disertaciones ingeniosas y sofisticas para demostrar el derecho de la mayoría a imponer su voluntad a la minoría en cada nación, carecen ya de todo valor a los ojos de nuestros políticos: la experiencia ha demostrado que sus conclusiones son inaplicables, y hasta la razón progresista ha llegado a conocer que sus fundamentos son falsos.

Toda la política actual es opuesta a aquellas teorías. El Gobierno busca reyes y contrae compromisos internacionales sin intervención de las Cortes, si es cierto lo que cuentan los periódicos; los ministros de Hacienda hacen empréstitos y distribuyen el dinero de los contribuyentes sin dar parte a los diputados, ó dándosela en globo y en términos que muy pocos llegan a comprender; otros muchos misterios se verifican en las esferas del Gobierno, que prueban en los más fervientes liberales la falta de voluntad ó la imposibilidad de cumplir los grandes preceptos de las modernas Constituciones.

Y ya no puede achacarse a abuso de los gobernantes esta contradicción entre la teoría y la práctica liberales; porque los mismos doctores de la escuela reconocen paladinamente que las discusiones parlamentarias solo sirven para embrollar los sucesos más importantes y crear obstáculos a la buena administración, así como que la razón y el derecho muchas veces no están en donde se halla la mayoría.

Nuestros lectores no habrán olvidado en qué forma *Las Novedades* censuró al Gobierno imperial por haber llevado al terreno candente de las discusiones parlamentarias el asunto de la paz ó la guerra en vez de haberlo resuelto por sí mismo a estilo absolutista. *La Iberia*, y en general todos los periódicos liberales admiten entre los diputados la distinción entre los capaces y los incapaces, y todos se burlan también del sufragio universal cuando sus resultados les son contrarios. Pero la condenación terminante, y por decirlo así, científica de los principios que forman la base de la civilización moderna, la hace *La Discusión* de esta mañana diciéndo a *La Iberia* y a los «adoradores del número» lo siguiente:

«Nosotros, que desechamos los dogmas de la Iglesia, no podemos admitir tampoco los dogmas del sufragio, ateniéndonos tan solo al dictado de la razón, el cual nunca es contrario a la experiencia. Si pues esta dice que el pueblo puede desenvolver los derechos democráticos sin que le estorbe el daño del yugo que tanto tiempo ha sufrido, aquella dice que lo hará con todo desahogo cuando esos derechos se pongan al amparo del régimen democrático, del régimen republicano.»

Desechado el dogma religioso, y no admitido tampoco el dogma del sufragio universal, ¿qué dogma les queda a los liberales? ¿cuál será para ellos la fuente del derecho? ¿cuál el criterio para distinguir el abuso y conocer la verdad? *La Discusión* dice que se atenderá al dictado de la razón. Pero ¿de qué razón? Cada hombre tiene la suya, creyendo que esta es la que dicta lo verdadero y lo justo, ó al menos lo más conveniente. Y la experiencia enseña que la razón de un hombre abandonada a sí misma, rara vez ve las cosas de la misma manera que la razón de sus semejantes. En la cuestión sobre que debatían los dos periódicos liberales, ¿a qué razón debemos creer, a la de *La Discusión* ó a la de *La Iberia*?

He aquí cómo de error en error y de contradicción en contradicción, el liberalismo nos va llevando a un individualismo asolador y anti-natural, a un estado salvaje, del cual no se podrá salir y volver al estado social más que sometiéndose los hombres, no a la razón del más sabio, sino a los puños del más osado y más fuerte.

¡Triste fin del progreso liberal! ¡Maldito fruto de la anti-católica civilización moderna!

De *El Eco de España* tomamos el siguiente párrafo:

«A este propósito, no estará demás insistir en la afirmación de que se han vuelto los ojos a la candidatura del duque de Aosta, que el año pasado fue preciso retirar en vista de su impopularidad; y que uno de los más activos mudiferos es el Sr. Olózaga, infatigable casamentero de dinastías, y que, a trueque de obtener una condecoración más para adornar su dilatada región torácica, sería capaz de proponer para el trono de España al mismísimo Bey de Túnez, a falta de un príncipe europeo. Dicese que ahora se trabaja por obtener, ante todo, el consentimiento del Gobierno francés para esa candidatura, y que después se tratará de vencer la resistencia del rey Víctor Manuel, su padre, que el año pasado no consintió en ver a su hijo coronado por los revolucionarios españoles. De suponer es que si el Gobierno se aventura a dar semejante paso y presenta esa candidatura, suceda con ella lo que la vez primera, y lo que sucedió con la del duque de Génova.»

Comprometida y crítica por demás es la situación del Gobierno revolucionario, cuyo presidente, el general Prim, prometió solemnemente continuar trabajando en busca de un rey que se digne gobernarlos; pero nos parece que ni el general, ni el Gobierno, querrán exponerse a nuevos bofetones y a correr en vano hasta que venga a ayudarnos ó a librarnos del compromiso la potencia que salga vencedora en las orillas del Rin. Cuáles serán las exigencias y mandatos de esta potencia, difícil es de predecir, cuando se ignora todavía si será Francia ó Prusia. Pero después que manifestase su voluntad, cualquiera que sea, faltará todavía lo más difícil, a saber: que el pueblo español se someta a imposiciones extranjeras. España tiene su rey propio, descendiente de los monarcas que la hicieron tan gloriosa en épocas de mejor

fortuna, cuyos derechos están fundados en la Constitución trazada por el dedo de Dios a través de los siglos y viven lozanos en el corazón de los españoles. España no es el general Prim, como tampoco es el moderantismo.

La paz está salvada. Es de esperar que Napoleón de Francia y Guillermo de Prusia darán inmediatamente contra órden a sus ejércitos, y enviarán a los parques los cañones, las ametralladoras, los chassepots y los fusiles de aguja, en cuanto llegue a su noticia la siguiente que publica el *Sufragio Universal*:

«La masonería española está dispuesta a protestar energicamente contra la guerra declarada entre Francia y Prusia, y más energicamente aún contra las complicaciones guerreras que puedan surgir con otras potencias.»

He aquí una nueva potencia, cuyo poder vamos a conocer ahora.

Como ayer indicábamos, con referencia a *El Imparcial*, es un hecho la separación del señor Lopez Martinez de la redacción de *El Tiempo*, que interinamente dirigía. El Sr. Lopez Martinez ha enviado a *La Epoca* el siguiente comunicado:

«Muy señor mío y estimado amigo: Al dar cuenta Vd. del incidente ocurrido con motivo de los artículos publicados bajo mi responsabilidad en *El Tiempo*, manifiesta que algunos lo atribuyen a una improvisación. Eso es efectivamente lo que he querido suponer algunos amigos, guiados por el laudable deseo de evitar diferencias.»

Pero no son improvisación: mis artículos son hijos de una convicción profundísima, fortalecida con una meditación desahogada y serena.

En dos cosas disiento de mis amigos: en una apreciación concreta sobre la responsabilidad de la guerra; y en el juicio que he emitido acerca de las cualidades del general Prim. Yo creo que Prusia ha provocado el conflicto, pero opino, en mi vivo deseo de paz, que Francia debía haber hecho un sacrificio más por conservarla. Se puede, como español, reprobar energicamente la conducta taimada del Gabinete presidido por Bismark, sin ser ciego admirador de la política del de París.

En cuanto al segundo punto seré más breve. Soy adversario decidido de la situación, pero no comprendo la conveniencia de que los partidos empuñen a los hombres que combaten desde el campo de la oposición.

Con esta ligerísima explicación me he propuesto persuadir a los que abrigasen dudas de que he obrado muy deliberadamente, como acostumbro hacer siempre que tomo una resolución.

De Vd. afectísimo amigo y antiguo compañero seguro servidor Q. B. S. M., Miguel Lopez Martinez.»

Comprendemos el lenguaje del Sr. Lopez Martinez, y no tiene nada de extraordinario que haya quien atribuya a Francia la responsabilidad de la guerra; pero también se explica que en el campo alfonsino hayan producido, malísimo efecto los artículos del Sr. Lopez Martinez, un tanto hostiles a la política imperial. En esta parte, el Sr. Lopez Martinez, se habrá dejado llevar de «convicciones profundas» pero ¿y los intereses del partido revolucionario restaurador?

Los alfonsinos saben que España entera está contra ellos, y siempre han tenido los ojos fijos en Francia, esperando alguna ayuda: si se enemistan con el Gobierno francés y pierden también esa última esperanza ¿qué les queda?

Apénas ha salido de la redacción de *El Tiempo* el Sr. Lopez Martinez, y ya el diario alfonsino se apresura a deshacer lo hecho, y siguiendo a los periódicos imperialistas y al duque de Grammont, viene a decir que el general Prim ha sido instrumento de Bismark, y que Prusia ha querido apoderarse mañosamente del trono español para asegurar su preponderancia en Europa. Así, poco más ó menos, habla también *La Epoca*, desahuciándose en elogios de la política imperial pasada, presente y futura.

¡Pobres alfonsinos!

Nuestros lectores recordarán la bulla que se metió hace algun tiempo con la candidatura del duque de la Victoria para el trono. El general Prim le escribió una carta que el Sr. Madoz fué a poner en manos del interesado; el general Espartaco contestó, como era regular, con otra carta; fué a Logroño una comisión progresista; echáronse los obligados discursos, y se hicieron manifestaciones, etc., contando en todo, al parecer, con la benevolencia del conde de Reus, ó al menos con su sinceridad.

Publicados ahora los pasos que ha seguido la negociación Sigmaringen, se ve que cuando el general Prim escribió su afectuosa carta a Espartaco, estaba tratando muy activamente con el candidato prusiano. Un periódico que ha advertido esta anomalía, acrimina con razón el doble juego del actual presidente del Consejo de ministros, acusándole de poca sinceridad y aun de doblez; nosotros, dejando el juicio de semejante conducta al de nuestros lectores, preguntamos: ¿qué hubieran hecho el general Prim y el Gobierno, si el duque de la Victoria, dejándose convencer por la elocuencia de Madoz y las razones de Salmeron y Alonso, hubiese aceptado la corona?

A estas horas el anciano duque de la Victoria se estaría riendo de la candidez de sus amigos, congratulándose de haber sido más previsor que ellos.

Los liberales, a pesar de tener la atención fija en la guerra, no se olvidan de los carlistas. Los periódicos dicen que el general D. Manuel Marco ha sido reducido a prisión en Madrid, y luego puesto en libertad, por no resultar nada contra él; lo cual prueba que la detención fué injustificada y que las prescripciones de la Constitución siguen en desuso tratándose de carlistas. Además de esta noticia, los periódicos liberales de ayer publican las siguientes:

«Ha sido preso cerca de Cartagena D. Martin Portero, secretario particular del titulado general carlista Marcenelli. La causa instruida en aquel punto por conato de rebelión, continúa con grande actividad, y la prisión de Portero ha sido acordada por



el juzgado, lo cual prueba que están descubiertos la mayor parte de los comprometidos.

Los carlistas que tanto se agitan en la Mancha, en las provincias Vascongadas y en una parte de Cataluña, se encuentran en la mayor desanimación desde que han tenido noticia que sus correligionarios han sido internados por las autoridades francesas y que en España han sido descubiertos sus planes y detenidos algunos individuos.

Continúan los periódicos publicando detalles de la conspiración carlista abortada en Cartagena, que son poco interesantes y que revelan el plan que existía de convertir aquella plaza en la corte provisional del pretendiente.

Alejado todo temor, empiezan también las tropas que ocupaban la provincia de Murcia a volver a su destino. No impide esto, sin embargo, que todavía exista alguna agitación en Cataluña, agitación que en el pueblo de Batea produjo el día 22 un verdadero y sangriento combate, que duró media hora, entre carlistas y republicanos, y costó la vida a siete personas.

La proclamación de neutralidad de la nación inglesa dice literalmente lo que sigue:

«Victoria, reina: Considerando que, afortunadamente, estamos en paz con todos los soberanos, Estados y potencias;

Considerando que, no obstante nuestros grandes esfuerzos por mantener la paz entre todos, los soberanos, Estados y potencias, el estado de guerra existe, desgraciadamente, entre S. M. el rey de Prusia, como también entre sus súbditos, territorios y posesiones;

Considerando que estamos en términos de amistad y buenas relaciones con estos soberanos y con sus súbditos y habitantes de sus países, territorios y posesiones;

Considerando que un gran número de nuestros leales súbditos residen, comercian, poseen bienes y gozan de ciertos derechos y privilegios en los dominios de los susodichos soberanos, bajo la protección de la fe de los tratados que existen entre nosotros y cada uno de ellos;

Y considerando que, deseara de conservar a nuestros súbditos los beneficios de la paz, de que afortunadamente gozan en este momento, estamos firmemente dispuestos y decididos a abstenernos absolutamente de tomar ninguna parte directa ni indirecta en la guerra que desgraciadamente existe entre dichos soberanos, súbditos y territorios; a permanecer en paz con ellos y conservar con ambos, lo mismo que con sus súbditos respectivos, habitantes de sus países, territorios y posesiones, relaciones pacíficas y amistosas, y a observar una estricta e imparcial neutralidad en la guerra que desgraciadamente existe.

Por eso hemos juzgado conveniente, de acuerdo con nuestro Consejo privado, publicar nuestra real resolución, recomendando estrictamente a nuestros bien amados súbditos que se conduzcan con arreglo a la más estricta neutralidad durante dicha guerra, absteniéndose de violar las leyes y los estatutos del reino y del derecho de gentes advirtiéndoles que en el caso de contravenir, serán responsables de los riesgos y peligros a que se expongan.

Después de otros varios razonamientos acerca de la legislación vigente en Inglaterra sobre la neutralidad de buques y servicios a países extranjeros, concluye S. M. Británica disponiendo que todos los súbditos británicos y cuantas personas tengan derecho a la protección de S. M., culpables de alguna contravención a lo dispuesto, serán responsables y estarán sujetos a los riesgos y peligros consiguientes, no obteniendo ninguna protección contra las penalidades a que se hagan acreedores, e incurrirán, por lo contrario, en el alto real desagrado por la contravención de las disposiciones mencionadas.

Esta proclama está fechada en el castillo de Osborne, isla Wight, a 19 de Julio del año de Nuestro Señor de 1870, y 34 del año del reinado.

En los diarios de Berlín hallamos las importantes comunicaciones que por telégrafo han mediado entre los reyes de Prusia y de Baviera. Guillermo I dijo al de Baviera lo siguiente:

«Al recibir el telegrama de V. M. tomé inmediatamente el mando del ejército de Baviera, e incorporándolo en el tercer ejército lo he puesto bajo la dirección del príncipe real. Por un acto de despecho y de orgullo nos hemos visto lanzados desde una paz profunda a la guerra. Vuestra enérgica actitud, digna de alemanes, ha electrificado al pueblo, y toda Alemania se halla hoy unida como no lo estuvo jamás. ¡Quiera Dios bendecir nuestros ejércitos en los azares de la guerra! Os envío mi más ardiente gratitud por vuestra fiel adhesión al tratado en que descansa la unión de Alemania!»

El rey Luis contestó:

«Vuestro telegrama ha tenido en mi corazón un eco grato. Las tropas bávaras, luchando al lado de sus hermanos de armas, entrarán con entusiasmo en la lid por el honor y el derecho de la Germania. ¡Quiera el cielo que la guerra sea para la felicidad de Alemania y la salvación de la Baviera!»

De Stuttgart, capital de Wurtemberg, dicen también a la prensa de Berlín que inmenso pueblo ofreció una ovación al rey por haberse unido a la causa nacional y tomado parte en la guerra contra Francia. El rey, la reina y el príncipe Guillermo aparecieron en los balcones de Palacio, dando gracias al pueblo por su demostración.

Ya hemos dicho que ha terminado sus sesiones el Parlamento federal. Al cerrarse, el conde Bismarck, como gran canciller, dijo estas frases:

«Después de las palabras que por dos veces ha dirigido el rey al Parlamento, solo tengo que añadir que S. M. me ha ordenado, dar las más expresivas gracias al Parlamento por la rapidez y unanimidad con que ha hecho frente a las necesidades de la nación. Declaro cerrada la legislatura.»

El presidente Sinson, dijo:

«Las tareas de los representantes del pueblo han llegado por ahora a su fin, y ahora empieza la obra de las armas. ¡Quiera Dios enviar sus bendiciones sobre nuestro pueblo en esta santa guerra! Que el cielo conceda larga vida al rey Guillermo, general en jefe del ejército alemán.»

La prensa prusiana nos dice también que cuando el rey contestaba a la municipalidad de Berlín al hablar de los sacrificios de una guerra a la que se había visto obligado, las lágrimas corrían de sus ojos. Desde Sadowa, Guillermo I estaba profundamente impresionado de los horrores de una lucha que ahora amenaza ser más terrible que en 1866.

Hé aquí el texto de la declaración de guerra notificada al rey de Prusia por el representante del emperador:

«El abajo firmado, encargado de Negocios en Francia, conformándose con las órdenes de su Gobierno, tiene el honor de poner en conocimiento de S. E. el ministro de Negocios extranjeros de S. M. el rey de Prusia la siguiente comunicación:

«El Gobierno de S. M. el emperador de los franceses, no pudiendo considerar el proyecto de elevar al trono de España un príncipe prusiano, sino como una empresa dirigida contra la seguridad territorial de Francia, se ha visto en la necesidad de pedir al rey de Prusia la seguridad de que tal combinación no podía realizarse con su asentimiento.»

Como S. M. el rey de Prusia se ha negado a dar esta seguridad, antes por el contrario, ha declarado al emperador de S. M. el emperador que para esta eventualidad, como para cualquier otra, creía reservarse la posibilidad de consultar las circunstancias, el Gobierno imperial ha debido ver en esta declaración del rey una amenaza para Francia, así como para el equilibrio europeo. Esta declaración se agravó todavía por la notificación hecha a los Gabinetes de la negativa a recibir al embajador del emperador y entrar con él en nuevas explicaciones.

En su consecuencia, el Gobierno francés ha juzgado que tenía el deber de atender sin dilación a la defensa de su dignidad y de sus intereses lesionados, y decidido a tomar con este objeto todas las medidas que exige la situación que se le ha creado, se considera desde ahora en estado de guerra con Prusia.

El infrascripto tiene el honor, etc.—Berlín, 15 de Julio de 1870.—Firmado.—Le Sourd.»

Este documento fué comunicado el mismo día 15 a la una y media de la tarde, y es el primero y único que el Gobierno prusiano ha recibido del francés respecto a la cuestión.

En nuestro número de ayer publicamos el discurso pronunciado por el presidente del Cuerpo legislativo en presencia del emperador. Este contestó con las siguientes palabras:

«Señores: Experimento una gran satisfacción en vispera de mi partida para el ejército, al poder dar las gracias por el concurso patriótico que habeis prestado a mi Gobierno.»

«Una guerra es legítima cuando se hace con el consentimiento del país y la aprobación de sus representantes.»

«Teneis razón en recordar las palabras de Montesquieu: el verdadero autor de la guerra no es quien la declara, sino el que la hace necesaria.»

«Hemos hecho cuanto dependía de nosotros para evitarla, y puedo decir que es la nación entera quien con su irresistible impulso ha dictado nuestras resoluciones.»

«Os confío al partir la emperatriz, que os llamará en derredor suyo si las circunstancias lo exigen. Ella sabrá llenar valerosamente el deber que su posición le impone.»

«Conduzco mi hijo conmigo. Aprenderá así en medio del ejército a servir a su patria.»

«Resuelto a proseguir con energía la gran misión que me está confiada, tengo fe en el triunfo de mis armas, porque sé que Francia está toda detrás de mí y que Dios nos protege.»

Según la Gaceta de Colonia, Bismarck ha recibido por el cable submarino un despacho de la sociedad alemana de Bombay (Indias orientales) que le anima a hacer la guerra. Se organizan suscripciones entre los alemanes de Calcuta en favor de las tropas alemanas.

Los súbditos y los intereses de Francia en Prusia han quedado bajo la protección inglesa, según ofrecimiento espontáneo de lord Granville.

Se han cometido atropellos en diferentes ciudades de Francia contra los periódicos que han abogado por la paz.

El Gobierno francés parece que trata de la formación de un campamento en Soissons, donde se reunirán por mitad tropas del ejército regular y varios batallones de la guardia móvil.

Mientras los diplomáticos franceses aseguran que el rey Guillermo y el Gobierno de Berlín tenían noticia desde 1869 de la candidatura del príncipe Hohenzollern para el trono de España, en aquella capital no se limitan a negar rotundamente este hecho, sino que a su vez acusan a Francia y a España, de haber concertado dicha candidatura como medio de aislar a la Prusia.

«Faltan pruebas, dice La Correspondencia de Berlín, y detalles precisos para demostrar que el general Prim ha estado en conviviencia con el emperador Napoleón, y para averiguar de qué punto ha partido esta intrigante historia, sin duda, aclarará lo que este asunto tiene de dudoso. Pero sea de esto lo que fuere, la súbita retirada de España, que la ha colocado fuera de juego en cuanto se ha empeñado el conflicto entre Prusia y Francia, da que pensar. Es por lo menos extraño para el que ha visto el ardor con que el Gobierno español presentaba y apoyaba la candidatura del príncipe Hohenzollern, que todo aquel fuego se haya tan pronto apagado y que las relaciones entre el general Prim y el Gobierno francés vuelvan a ser hoy las más amistosas sin que el honor castellano, tan susceptible, según se dice, parezca guardar ningún resentimiento de la inmisión de la Francia en los asuntos interiores de España.»

Todo el ejército bávaro con sus reservas y la landwehr forma un contingente de 100.000 hombres.

El cuerpo de ejército francés destinado a operar en el Báltico se compone en parte, de tropas de infantería de marina y fuerzas procedentes de Argelia, cuyo efectivo sube a 15.000 hombres. No es cierto que se confíe el mando de este cuerpo al príncipe Napoleón, como se había dicho, sino el del cuerpo de reserva del interior.

Vase lo que a propósito de dicho príncipe dice una carta de la capital de Francia:

«Por fin ha llegado a París el príncipe Napoleón: ayer tarde ha puesto fin a sus viajes por ahora el infatigable touriste.»

Ya iba picando en historia su tardanza en acudir al llamamiento de su augusto primo, sobre todo después de cierto reto no aceptado del señor duque de Aumale.

Los periódicos le lanzaban envenenadas saetas, y es un modelo de delicada ironía el siguiente párrafo que publicó hace tres días la Liberté:

«Algunos diarios anuncian la próxima llegada del príncipe Napoleón, quien se encargará del mando de una división del ejército.»

«Creemos mal informados a nuestros colegas. El príncipe, al tener conocimiento de la cuestión Hohenzollern, se detuvo en la última estación telegráfica, donde recibió día por día, y aun hora por hora, todos los detalles más interesantes. El príncipe no creía que este incidente pudiese ocasionar graves complicaciones con la Prusia.»

«Así, desde que tuvo noticia del desistimiento del príncipe Leopoldo, consideró terminado el asunto, y anunció que se dirigía al Norte para visitar un campamento de Lapones, y que su ausencia duraría doce días.»

«Este plazo no ha concluido aún, y ha sido imposible, según nos aseguran, avisar a S. A. lo que ocurre.»

«¡Vaya por Dios con los Lapones, y qué mal servicio han prestado al príncipe.»

La dotación de cartuchos que lleva cada regimiento francés, asciende a la enorme cantidad de 30.000.

El rey de Baviera ha transmitido el mando de su ejército al rey de Prusia.

Un príncipe bávaro representará a Baviera en el cuartel general prusiano, en calidad de plenipotenciario militar.

Parece que la escuadra francesa del Mediterráneo ha recibido orden de unirse a la del canal de la Mancha, que manda el vice-almirante Bonel-Willamez.

El almirante Rigault de Genouilly tomará el mando de ambas escuadras reunidas.

Ha llegado a París, de regreso de Roma, monseñor Darboy, Arzobispo de la capital de Francia.

El rey Guillermo debe hallarse ya a estas horas en el cuartel general de su ejército.

Los periódicos franceses recibidos ayer, hacen constar en su última hora que el Sr. Grammont ha recibido importantes y muy favorables comunicaciones diplomáticas.

En toda la frontera franco-prusiana se están cerrando las fábricas por falta de carbón.

La de Esch, sita a la entrada del Luxemburg, se ve por sí sola obligada a despedir de 3 a 4.000 obreros, y las otras tendrán precisión de seguir su ejemplo. Los luxemburgueses han triplicado su gendarmería a causa de esta huelga forzosa.

Ha sido nombrado secretario del emperador Napoleón en el cuartel general, el vizconde Pedro Daru, hijo del que hace poco fué ministro.

El Sr. Beugnot, hijo político del ex-ministro Daru, ha sido nombrado teniente coronel de la Guardia móvil.

Entre tantas estadísticas sobre las fuerzas de las naciones beligerantes, conviene consignar la de el Times. El ejército activo francés en tiempo de paz, es de 334.280 hombres con 85.700 caballos. Con las reservas y la guardia movilizada, este ejército se cuadruplica en tiempo de guerra, dando un total de 1.337.995 hombres. De esto hay que deducir por bajas un 20 por 100. La artillería cuenta 1.362 cañones.

La escuadra francesa cuenta 62 buques de coraza, 264 buques de madera, 62 buques de transporte y 113 buques ligeros. La flota blindada cuenta 672 cañones, y entre sus buques son célebres el *Magenta*, *Solferrino*, *Corona*, *Normandía*, *Invencible*, el *Toro* y el *Rochambeau*, comprado en los Estados Unidos. De los buques de coraza, dos son navios, 18 fragatas, 9 corbetas y 11 baterías flotantes que se desmontan. En tiempo de guerra el personal de la escuadra, marineros y tropa, puede ascender a 470.000 hombres.

En Prusia todo el mundo es soldado desde 20 a 36 años, y hasta los 50 años en el landsturm. Tiene 13 cuerpos de ejército que se alistan y se reclutan en la misma provincia donde están. En tiempo de guerra puede armar hasta 977.262 hombres.

La Alemania meridional puede darle 80.000 hombres Baviera, 34.000 Wurtemberg y 29.000 Baden. La debilidad de la Alemania está en el mar. En el año último solo tenía seis buques blindados y unos cinco mil marineros.

La población de la Francia son hoy unos treinta y nueve millones con la Argelia. La de la Confederación del Norte unos treinta y ocho con la Alemania meridional.

Ayer lunes debieron salir de París para el teatro de la guerra el emperador de los franceses y el príncipe imperial. Se dirigen a Nancy, donde les han precedido los 100 guardias y la Guardia imperial.

Hay que tener en cuenta que, según La Correspondencia, el Gobierno francés ha prohibido a la prensa y al telégrafo que se dé noticia de la salida del emperador para el teatro de la guerra. Esta circunstancia hará que no se tenga noticia exacta en Madrid de dicha salida hasta dos o tres días después de haberse efectuado.

Sin embargo, añade dicho periódico, por noticias que recibimos ayer y participamos al público, se anunciaba la salida de Napoleón en el día de hoy, con objeto de hallarse al frente del ejército mañana 26, y aun romper las hostilidades en conmemoración de la gran batalla de Austerlitz.

Así se nos dice hoy también en una carta, por más que hay quien cree que Napoleón continuará sus preparativos hasta principios de Agosto, sin empeñar batalla hasta el día 3 por lo menos.

Una carta de Metz que publica la Independencia belga, dice que aquel país está infestado de espías alemanes, pues los prusianos pagan muy bien las noticias que les dan.

Un corresponsal de la Independencia belga dice que las ametralladoras no se diferencian de las demás piezas de artillería más que en una manivela adaptada a la culata. Esta manivela tiene unos veinte centímetros de brazo y unos treinta de empuñadura.

Un corresponsal del Times ha sido detenido primero y expulsado después de Metz por tratar de saber noticias de las operaciones militares.

El mariscal Le Boeuf, ministro de la Guerra de Francia, ha manifestado a los representantes del país que han solicitado un puesto en el ejército de operaciones, que su cualidad de diputados no puede eximirles de estar sujetos a la ordenanza militar, y por consiguiente, que no podrán acudir a la Cámara en el caso de que esta se reúna en la legislatura extraordinaria durante la guerra. En vista de esto, muchos diputados han renunciado a poner en práctica su patriótica idea.

Las noticias que de París transmiten el Times anuncian la llegada a Metz el 21 del general Ladmirault, comandante del cuarto cuerpo de ejército, y

la del general Frossard, comandante del segundo cuerpo de ejército a su cuartel general de Saint-Avoid. A lo largo de la frontera hay acantonados cinco cuerpos de ejército.

El almirante Mantac ha sido nombrado para vigilar las costas del Norte. Su cuartel general quedará establecido en Dunkerque. El almirante Bouet-Willamez manda la escuadra acorazada del Norte y enarbolará su bandera a bordo de la *Surveillante*.

En los colegios de Strasburgo había gran número de señoritas prusianas, pero sus familias han enviado a buscarlas, y casi todas han podido aprovechar el paso del puente sobre el Rhin, antes de ser volado. Las demás tienen que volver a sus casas por el Alto-Rhin y Suiza.

El periódico la France cree que la aparición de la escuadra francesa delante de Copenhague producirá una revolución popular, la caída del ministerio dinamarqués y una alianza con Francia.

Una carta de Strasburgo que publica el Correo del Franco-Condado, dice que los prusianos se presentan en la frontera con banderas en que con letras gordas se lee: *Dados la Alsacia y la Lorena*. Los franceses contestan con otros carteles: *Venid a buscarlas*.

La Gaceta de hoy no contiene ninguna disposición de interés general.

Leemos en La Correspondencia de España de anoche:

«El Consejo de ministros se ha ocupado hoy seriamente, según hemos oído en los círculos ministeriales, de la nota del Gobierno francés a las potencias sobre la declaración de guerra, y de la evidente inexactitud con que se ocupa el Gabinete de las Tullerías en dicho documento de las negociaciones que mediaron en la candidatura del príncipe de Hohenzollern, asunto que sirvió de pretexto a la tirantez primero y ruptura después entre Francia y Prusia. Lo grave de esta nota es la parte que copiamos ayer, en la cual se acusa a los hombres políticos que hoy están al frente de los destinos de España, de haber querido arrancar por sorpresa el voto de las Cortes.

El Gobierno español se está ocupando de este asunto desde que se tuvo conocimiento de dicha nota publicada por los periódicos franceses; pero no puede hacer ninguna gestión oficial sobre este punto hasta que reciba por el conducto diplomático que es costumbre, la notificación del despacho del Gobierno francés a las potencias.»

Según dice un periódico de un momento a otro aparecerá en la Gaceta el decreto por el que España declara su perfecta neutralidad en la guerra entre Prusia y Francia. Ningún español, por este decreto, podrá alistarse durante la guerra en la escuadra ni en el ejército de ninguna de las dos naciones; ni en nuestras aguas podrán hostilizarse los barcos de estas, ni proveerse en nuestras costas de materiales de guerra.

Dice un diario noticiero que se ha dispuesto el aumento de las guarniciones de todas las plazas fuertes, las cuales serán también dotadas con una sección del cuerpo de ingenieros, y asimismo la compra de diez millones de cartuchos, para subvenir a las necesidades del servicio.

Parece que ayer mañana salió del puerto del Ferrol para las aguas de Mahón la escuadra del Mediterráneo.

El 23, según dice un periódico, llegó a Madrid el brigadier D. Romualdo Palaci, procedente de las provincias Vascongadas para donde salió ayer.

Según anuncia La Correspondencia, en las próximas elecciones de diputados a Cortes en la isla de Cuba, presentarán como candidato a uno de dichos cargos al señor duque de Veraguas.

Ayer se recibió un telegrama del vice-cónsul de España en Marsella, participando la llegada a aquel puerto del correo de Filipinas, que alcanza al 3 de Junio, en cuya fecha manifiesta el capitán general que no ocurría novedad en el Archipiélago.

Dice un periódico que en San Fernando se está recogiendo una suscripción para atender a los gastos de la huelga de los operarios del arsenal.

A nuestro juicio no podía inventarse un medio más eficaz para fomentar las huelgas en general.

Se ha mandado artillar la plaza de Cartagena, con el fin de ponerla en completo estado de defensa.

Bajo el epígrafe Escándalo dice El Avisador de Málaga:

«En la tarde del lunes, estando predicando en la iglesia del Carmen el orador sagrado D. Manuel Ordoñez, le dirigió desde el pórtico de la iglesia varios insultos un individuo, diciendo además que era mentiroso cuanto decía. Este incidente produjo el consiguiente escándalo, habiendo sido detenido y preso el autor de él.»

Otro colega de la localidad, el Correo de Andalucía, refiere el hecho en los siguientes términos:

«Delante de un pilar de la iglesia, cerca del pulpito, había un hombre pobremente vestido; y al terminar el predicador una de sus conclusiones de prueba acerca de las excelencias de la Virgen Nuestra Señora, el hombre hizo varios signos negativos, bastante visibles, con la cabeza: entonces un caballero se le acercó, y en voz baja le mandó salir del templo, a lo cual se opuso el incrédulo, añadiendo que no era verdad lo que afirmaba el orador; insistiendo aquel en su empeño, otro caballero quiso mediar para que no traspasara al resto de los fieles lo que estaba limitado a un pequeño radio; pero viendo que el hombre seguía resistiéndose, se dio parte a un dependiente de la autoridad, el cual entró y sacó de la iglesia al impío con intención de conducirlo a la cárcel; pero ya fuera, empezó a sollozar, pidiendo por María Santísima que no lo prendieran, que no había hecho nada.»

Sería alguno de los convertidos por el oro inglés y alemán: tanta es la fe que infunden a sus adeptos los enviados protestantes.

Según El Imparcial, a las tres de la tarde se reunieron ayer los ministros en la secretaría de la presidencia, con objeto de ocuparse principalmente de las frases que hacen referencia a España en la circular del ministro de Negocios extranjeros del vecino imperio, M. de Grammont.

Después de un detenido exámen del asunto, que

si hemos de creer al diario democrático fue ampliamente discutido, el Consejo acordó, según sus informes, dirigir un despacho a nuestro embajador en París, Sr. Olózaga, encargándole pida al Gobierno francés explicaciones acerca de dichas frases.

Dice el mismo periódico que se ha verificado un nuevo secuestro en la provincia de Málaga, siendo víctima del atentado un hijo de D. Cándido Marfú, vecino de Arahá. Sospéchase que el móvil de este delito ha sido una venganza puramente personal.

Cero y van.... perdímos la cuenta.

La Palma, de Cádiz, de ayer, refiriéndose a noticias relativas al fuerte de la Mola, en Mahón, hace el siguiente comentario:

«Como el fuerte de que se trata no puede impedir la entrada de una escuadra enemiga en el puerto, se nos figura que lo que se quiere es tener la escuadra española en el Mediterráneo. Recuérdese que El País, esto es, el Sr. Topete, ha sido el primero en pedir que nuestros buques de guerra abandonen el Océano.»

Dice El Eco de España:

«Parece que el general Serrano no cree conveniente trasladar por ahora su residencia a Madrid y que continuará en la Granja.

No falta quien atribuya esta determinación del regente a no estar conforme con la política del Gabinete en la cuestión de la candidatura del príncipe de Hohenzollern.»

Entre tanto, anuncia La Correspondencia que ayer tuvo lugar una gran cacería en una posesión del señor River, inmediata a la Granja, a la que asistieron el regente y los Sres. Dumont, López Domínguez, Abascal, marqués de Ahumada, barón de Benifayó, O'Lawlor, algunas escopetas de cazadores de oficio y un gran número de ojeadores.

Así van pasando la vida en paz octaviana nuestros gobernantes.

Leemos en El Tiempo lo que sigue:

«Con mucho misterio se habla de un grave disgusto ocurrido entre dos personajes revolucionarios, disgusto que algunos temen llegue a tomar grandes proporciones, si sus respectivos amigos dan al suceso el carácter de cuestión de partido.

Probablemente no habrá que lamentar sus consecuencias; porque si bien la temperatura está alta, el termómetro del patriotismo está bajo.»

## CORREO DE HOY.

No hemos recibido hoy ninguna de las publicaciones autógrafas de París.

El Univers dice que el R. S. Ketteler, Obispo de Maguncia, uno de los 88 Prelados que votaron en el Concilio en contra de la infalibilidad y que se abstuvo de votar en la sesión pública, ha dirigido al Papa una admirable carta, expresando su fe y su adhesión plena y entera a la Constitución dogmática promulgada el 18 de Julio.

Según una lista que publica Le Monde, de los 94 miembros del Episcopado francés, 49 estaban ausentes de Roma el día de la última definición; de los 75 restantes, 50 votaron Placet y 25 se abstuvieron.

Dice una carta de París:

«La concurrencia es tal que se han tenido que abrir oficinas supletorias de alistamiento. Dicese que el número total de voluntarios en toda la Francia pasa actualmente de ochenta y cinco mil, y los hay pertenecientes a todas las clases sociales. El servicio de los coches de plaza está en París semi-desorganizado: mil quinientos cocheros han dejado súbitamente este servicio, los unos por pertenecer a la guardia móvil, los demás por haberse alistado como voluntarios.

Al propio tiempo continúan los donativos en una proporción progresiva. Todas las compañías de caminos de hierro se han suscrito cada una por sesenta mil francos; la Caja de descuentos por cincuenta mil; el Banco por cien mil; la junta de comercio de París por cincuenta mil; el colegio de notarios por treinta mil, y así sucesivamente.

El dentista norteamericano Mr. Evans, que vive en la calle de la Paz, y es el dentista del emperador, ha dado un millón de francos. Preciso es decir que el doctor Evans es inmensamente rico; ha ganado una fortuna colosal especulando en los terrenos y en las demoliciones de París de quince años acá. Es además una persona distinguida que ha publicado varias obras sobre la guerra de la separación de los Estados Unidos. Aunque dentista es oficial de la Legión de Honor, y está condecorado con todas las cruces conocidas en Europa.

El marqués de Caux, esposo de la Patti, envía desde Londres seis mil francos.

En 1866, durante la guerra de Alemania, las suscripciones recogidas en Prusia para auxiliar al ejército ascendieron a cincuenta millones de francos, y en los Estados Unidos los donativos voluntarios durante la guerra importaron sesenta y cinco millones de francos. Se espera que la generosidad francesa no querrá quedarse inferior a estos elocuentes guarismos.

La Sociedad de socorros a los heridos va a comenzar por establecer siete hospitales de sangre, y se necesitan para cada uno trescientos mil francos. Dentro de breves días todo quedará listo.

El Figaro publica la comunicación siguiente, que le ha dirigido un riquísimo notario de París: «Apuesto doscientos mil francos contra cien mil, a que el ejército francés entrará en Berlín el día 15 de Agosto.»

Probablemente no habrá quien acepte la apuesta; y sin embargo, creo que habría muchas probabilidades de ganarla, porque la Francia, aun siendo victoriosa con mucha ventaja, no querrá sin duda humillar a su adversario hasta el punto de ocupar su capital. Los prusianos después de Sadowa se detuvieron en el camino de Viena.

## BOLSA DE HOY.

Renta perpetua al 3 por 100, publicado, 24-00, 23-75, 85, 80 y 85; pequeños, 24-00 y 23-95; a plazo, 23-75 y 70 fin cor fir.

Idem id. exterior al 3 por 100, publicado 28-00 y 27-50.

Deuda del personal, publicado, 20-65.

Billetes hipotecarios del Banco de España, de la 1.ª serie, publicado, 100-50.

Idem id. de la segunda id., publicado, 95-00.

Bonos del Tesoro, de a 2.000 rs., 6 por 100 interés anual, idem, 64-75, 60-25, 65 1/2, 64-90 y 65-00.

Obligaciones generales por ferro-carriles de 2.000 reales, publicado, 46-85.

Idem id. id. (nuevas), de 2.000 rs., publicado, 45-80 y 70.</



